

Las murallas de Cartagena entre patrimonio, turismo y desarrollo urbano El papel de la Sociedad de Mejoras Públicas

Elisabeth Cunin (IRD - ICANH)

[Elisabeth.Cunin@bondy.ird.fr]

Christian Rinaudo (Universidad de Niza - URMIS)

[rinaudo@unice.fr]

Resumen

La sociedad de Mejoras Públicas de Cartagena se instaura a comienzos del siglo XX, para proponer y supervisar las obras públicas llevadas a cabo en la ciudad y el ornato. Esta institución a lo largo del siglo manejara tres discursos diferentes enfocados hacia la defensa del patrimonio, las políticas urbanas y la promoción turística, en los cuales las murallas se convertirían uno de los ejes principales de los planes de acción de la Sociedad y en punto problemático, ya que su carácter de atractivo turístico y patrimonio de la humanidad, convertiría estos muros en zona de frontera entre la Cartagena turística y organizada de adentro de las murallas y la otra Cartagena, la de afuera, la silenciada.

Palabras Claves: Cartagena, Sociedad de Mejoras, Murallas, Patrimonio, Turismo.

Abstract

The society of public spirited works of Cartagena was created in the beginnings of the twentieth century in order to promote and guide public works in the city. This institution will use three discourses focus toward the defense of the architectural patrimony, the urban political issues and the promotion of tourist activities. As time passed these issues became troublesome because soon the fortress separated the two Cartagenas that became to exist, the first was the tourist and organized city, and the second was the extramural and overpopulated silenced city.

Key words: Cartagena, public spirited works, fortress, patrimony, tourism.

El año pasado, un editorial de *El Universal*, el periódico de Cartagena, denunciaba “la lógica permisiva e informal de la ciudad” que dejaba que “un mendigo, lavador de carros o gamín” utilizaran las murallas, Patrimonio de la Humanidad y “atractivo turístico de Cartagena”, perjudicando así “a todos”. “Los lavadores de carros se apropiaron de la muralla para su siesta (...). Construir camas provisionales de cartón para dormir en las murallas, además de apropiamiento particular de un bien público, es un acto que altera y desluce el patrimonio histórico, que es de todos” (29 de septiembre de 2004). Más recientemente, una campaña ciudadana de la alcaldía de Cartagena muestra a un joven, negro, orinando en las murallas; un comentario dice: “dañar nuestro patrimonio... esa es... mala” (*ver foto 1*). Es cierto... ¿Pero

de que patrimonio están hablando *El Universal* y esta campaña? ¿Un patrimonio mundial reservado a unos cuantos turistas o un patrimonio compartido por los habitantes de Cartagena? ¿Quiénes son “todos” y “nosotros” que se identifican con el valor histórico y cultural de las murallas? ¿Acaso no tendrá la población negra, descendiente de los esclavos que fueron traídos para construir estas mismas murallas, otra representación de un patrimonio impuesto como común?



Foto No. 1

De hecho, Cartagena es *la* ciudad del turismo y del patrimonio en Colombia: tiene el título, a nivel nacional, de “Distrito Turístico y Cultural”, lo que le da cierta autonomía en términos de administración del patrimonio y gestión de los recursos del turismo; también fue clasificada patrimonio mundial de la humanidad por la UNESCO en 1984. La vocación turística de la ciudad aparece en los años veinte, más que todo con visitas de carácter comercial o diplomático. Sin embargo, hay que esperar la década 1960 para asistir a un desarrollo turístico más afirmado y amplio, en primer lugar con un turismo de playa (más nacional) al cual se añadirá progresivamente un turismo cultural (más internacional). En la actualidad, en un país profundamente marcado por una violencia recurrente y multiforme, la

ciudad se encuentra en una situación paradójica: postal encantada de un país donde la actividad turística es particularmente siniestrada¹.

Antigua plaza fuerte colonial, Cartagena conoció, durante su historia, varias fases de desarrollo que corresponden a distintas maneras de concebir la relación entre la ciudad y sus murallas: una fase de construcción y de afirmación de su interés militar, comercial y estratégico; una fase – relativamente corta – de contestación de esta frontera física de la ciudad, pensada como un obstáculo a su progreso; una fase de reclasificación, revalorización, restauración y patrimonialización de las murallas consideradas como un elemento central del desarrollo turístico de la ciudad. En paralelo, la evolución de la relación que la ciudad mantuvo con sus fortificaciones se tradujo en el refuerzo del efecto de frontera de las murallas en la ciudad: al volverse un atractivo turístico, se van a convertir también en un cierre material y simbólico del centro histórico de la ciudad. Las murallas señalan una divergencia entre dos ciudades: una que concentra todas las inversiones, que es el objeto de políticas de renovación urbana, desarrollo turístico, seguridad, salubridad, etc., otra marginalizada, abandonada, aislada del centro, sin servicios públicos, que se hunde en la miseria.

Deseamos volver aquí sobre el proceso de instauración de esta configuración a través del estudio de una institución, la Sociedad de Mejoras Públicas, que ocupó una posición intermedia entre defensa del patrimonio, política urbana y promoción turística. Una sucesión de evoluciones, a lo largo del siglo XX, dará a las murallas su triple significación actual: defensa del patrimonio (que de local se vuelve nacional y luego mundial), justificación de la orientación de las políticas urbanas, elemento central del turismo naciente. La superposición de estas tres dimensiones explica en parte el papel actual de frontera en la ciudad desempeñado por las murallas. Después de haber mencionado la evolución de la relación de la ciudad a sus murallas, nos interesaremos en un segundo momento por las etapas sucesivas que condujeron a la confusión entre ciudad, patrimonio y turismo.

¹ En el contexto de la política de “seguridad democrática” del Gobierno Uribe, el turismo se convierte en tema político central como símbolo de una normalización anunciada más que efectiva.

1. Una ciudad y sus murallas

1. 1. Nacimiento del “corralito de piedras”

Parte de la historiografía de Cartagena se centró en la narración, a veces novelada, de los múltiples ataques de la ciudad durante los siglos XVI y XVII². Estos ataques sucesivos dieron lugar a la instauración progresiva de un sistema defensivo hecho de murallas y de fuertes, acabado en la segunda mitad del siglo XVIII. Cartagena se convierte así en la plaza fuerte colonial más importante de Sudamérica, la segunda en el Caribe después de La Habana. Pero el tiempo republicano significará el inicio de un largo período de decadencia, en primer lugar porque las veleidades independentistas de la ciudad han sido reprimidas con violencia (sitio de la ciudad entre 1811 y 1815 que tendrá consecuencias hasta el final del siglo XIX), y luego porque la nación en construcción, se define como andina y solo ve en el Caribe una de sus alejadas fronteras (Múnera, 2005). Así, después de haber sido, durante la época colonial, una ciudad militar y comercial de primer plano y también un lugar central de la trata de los esclavos, Cartagena se convierte, a lo largo del siglo XIX, en una ciudad provincial, completamente marginalizada política, económica y culturalmente en un país más orientado hacia el espacio andino que hacia el Caribe (Lemaitre, 1983; Restrepo y Rodríguez, 1986; Casas Orrego, 1994).

Esta situación no deja de tener consecuencias en el centro histórico y las murallas que lo rodean: si está cayendo en ruinas, el bajo dinamismo de la ciudad garantizó finalmente su permanencia y descartó toda iniciativa destinada a erradicarlas a nombre de la modernización, como ocurrió en varias partes del mundo³. La marginalización de Cartagena permitió así la conservación de un conjunto de murallas únicas en América latina. Ya no es el caso al final del siglo XIX y a principios del siglo XX en que comienza un nuevo período de la historia de

² Éstas comienzan a partir de 1544 con los primeros ataques del francés Jean François de la Roque, compañero de Cartier en sus expediciones en el Canadá, conocido bajo el nombre de Robert Baal. Se suceden luego los asaltos que llevarán al aumento correspondiente del sistema defensivo (murallas y fuertes). Los más famosos son los de Francis Drake en 1585, del barón de Pointis (Bernard Jean Louis Desjean) en 1697, las campañas de Vernon a mediados del siglo XVIII, que van a dar lugar a la época más intensa de construcción de fortificaciones (que corresponde a un tiempo de militarización de las Américas tras las reformas borbónicas de la segunda mitad del siglo XVIII). Véase Rodolfo Segovia, “Cartagena de Indias: historiografía de sus fortificaciones », *Boletín Cultural y Bibliográfico*, n° 45, vol. XXXIV, 1997; Juan Manuel Zapatero, “Las fortificaciones de Cartagena de Indias. Estudio asesor para su restauración”, Banco Cafetero de Colombia, Madrid, 1969, e “Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias”, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Hispanoamericano de Cooperación y Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, 1979.

³ Sobre el tema ver en particular: Manager, 1984, Cohen y Lortie, 1991, Charvet, 1994, Tracy, 2000.

la ciudad – y del país – conocido como la “Regeneración”, impulsada por el presidente Rafael Nuñez, originario de Cartagena (Bossa Herazo, 1967; Restrepo y Rodríguez, 1986; Casas Orrego, 1994). Se inicia una extensión urbana y un desarrollo industrial importantes: acueducto municipal, central eléctrica, ferrocarril, mercado público, parque Centenario, implantación de sedes de empresas, pasos comerciales (Pasaje Dager, Pasaje Leclerc), proyecto del área de negocios de la Matuna, Terminal marítimo petrolífero, Cámara de Comercio, etc. La ciudad se extiende más allá de las murallas hacia el barrio de Manga (extensas residencias de estilo republicano, influencia árabe, grandes jardines, espacios públicos) y los barrios populares a lo largo del antiguo camino real y sobre el trazado del ferrocarril en construcción. Este renacimiento significa también la destrucción de una parte de las murallas, en adelante consideradas como un obstáculo material y psicológico, como una herencia inútil, que impide la entrada en la modernidad. Se van a destruir varios pedazos de paredes entre 1884 y 1920, a tal punto que algunos historiadores califican este período de “murallicido” (Bossa Herazo, 1975; Lemaitre, 1983). Ahora bien, si la destrucción de una parte de las murallas fue la señal de un renacimiento de Cartagena a principios del siglo, éste fue de corta duración por varias razones: crisis económica mundial, debilidad de la burguesía local, fracaso del transporte ferroviario que deja la ciudad sin vía de comunicación, competencia de Barranquilla, consecuencias de la Violencia. Por ello, en los años 1940-60, la ciudad atraviesa una nueva crisis y el símbolo más manifiesto de esta decadencia es la decrepitud en la cual van a caer el centro histórico y las murallas restantes.

Es precisamente de estas murallas abandonadas durante mucho tiempo que vendrá, de nuevo, el renacimiento de la ciudad. En efecto, en los años sesenta y setenta la prioridad nacional se da al desarrollo turístico del país y Cartagena aparece como el motor de esta nueva política. Ya no está ubicada en la periferia de la Nación andina, sino en el centro de un espacio caribeño propicio al desarrollo turístico. El Gobierno nacional crea la Corporación Nacional de Turismo y abre fondos para instaurar un sistema de alcantarillados y agua corriente que permita la construcción de hoteles y complejos residenciales a gran escala en la estrecha península de Bocagrande. Este auge económico ligado al desarrollo del turismo producirá numerosos empleos en los sectores de construcción, restauración, hotelería, en los servicios y atraerá a numerosos emigrantes que vienen de las regiones rurales vecinas y también de las regiones andinas del interior del país. En este contexto de transformación del paisaje económico, político y social de Cartagena, las murallas y las fortificaciones de la ciudad van a imponerse como los símbolos de su riqueza patrimonial y su atractivo turístico, símbolo que

se consagrará en 1984 con su clasificación por la UNESCO como Patrimonio Mundial de la Humanidad.

1. 2. Cartagena en el siglo XXI: ¿una invasión venida del interior?

Las murallas son hoy una ventaja y un atractivo turístico; pero encarnan también el cierre material y simbólico del centro histórico, el desarrollo desigual de dos ciudades. En los informes oficiales sobre el turismo, en las observaciones de la policía turística, en los planes de desarrollo urbano, se considera a los habitantes como amenazas. Así pues, el *Plan Sectorial de Turismo*, simbólicamente titulado “Cartagena de Indias... es nuestro patrimonio”, llama a una “sociedad más incluyente” (*Plan Sectorial de Turismo*, 2004: 5), califica Cartagena de “nuestra casa” (*Plan Sectorial de Turismo*, 2004: 6). Pero más allá de estas palabras, lo que se destaca, es la amenaza representada por los habitantes de Cartagena, que aparecen como verdaderos obstáculos al desarrollo del turismo. Denuncia la “invasión” de los vendedores ambulantes (*Plan Sectorial de Turismo*, 2004: 40), la “falta de conciencia ciudadana” (*Plan Sectorial de Turismo*, 2004: 54), la ausencia de “sentimiento de pertenencia” (*Plan Sectorial de Turismo*, 2004: 53, 54, 87). Por ejemplo, cada vez que llega un crucero a Cartagena, se aumenta considerablemente el número de agentes de la policía turística. “Los días de llegada de los cruceros hay un grupo especial frente a cada sitio. Nuestro papel es informar a los turistas y cuidar para que los vendedores ambulantes no molesten tanto” (policía, San Pedro Claver, 18 de septiembre 2004). Los vendedores que no tienen autorización son inmediatamente expulsados por la policía. Del mismo modo, en la Popa, policías y curas se asocian para sacar a los niños mendicantes, con esta advertencia en español e inglés: “estos muchachos no estudian y prefieren mendigar. No les de dinero, gracias” (*ver foto 2*).



La promoción turística sólo se refiere a la ciudad colonial como si el presente de Cartagena debería estar silenciado y el resto de la ciudad escondido, aunque resurja a veces a través de los gamines, de los mendigos, del deterioro de las vías de acceso al centro, etc. Los turistas se desplazan exclusivamente en el centro, rodeado – ¿protegido? – por las murallas, mientras que la población (y entre ellos los desplazados por la violencia y la miseria) sobreviven fuera de las murallas. Así pues, en el 2003, un 53.1% de la población pertenecía a los niveles 1 y 2 del Sisben. En el 2000, los 10% más ricos de la ciudad se repartieron el 49% de la riqueza, mientras que el 10% más pobre recibía menos de 1% de la riqueza (Abello, 2004: 4). Según otro estudio, “el 71% de la población ocupada en Cartagena devengaba en 1997 menos de dos salarios mínimos, comparado con 57%, en promedio, para las ocho principales ciudades del país” (Baez citado por Abello, 2004: 5-6). La política urbana, cuando existe, no parece alcanzar la ciudad que se encuentra más allá de las murallas. Alfredo Molano, famoso intelectual colombiano, afirmaba en *El Espectador* (domingo 7 de noviembre de 2004): “Cartagena está de nuevo sitiada, y no precisamente por Drake, Vermont o el Pacificador Morillo, sino por la pobreza, la miseria y la contaminación. La población de la ciudad se aproxima al millón de habitantes y su tasa de crecimiento es del 2,9%, mucho mayor que la

del país, que es 1,9%. La gente menor de 25 años es más de la mitad, lo que crea una enorme demanda de empleo y servicios públicos”.

2. La Sociedad de Mejoras Públicas

Con el fin de comprender la imbricación de las políticas urbanas y turísticas, y también la influencia, o incluso el liderazgo ejercido por algunas organizaciones privadas en la definición y en la aplicación de las políticas públicas en cuanto a patrimonio, desarrollo urbano y turístico de la ciudad, nos interesaremos en la Sociedad de Mejoras Públicas de Cartagena, creada en 1923 para hacer frente al impulso destructivo de las murallas del principio del siglo.

Las Sociedades de Mejoras Públicas nacen al principio del siglo en las ciudades más importantes del país con el propósito de acompañar los procesos de modernización y crecimiento urbanos, a través de obras de interés general como el embellecimiento, la limpieza, la higienización, la construcción de andenes, etc. Están profundamente marcadas por una ideología de progreso y de difusión popular de los logros económicos y sociales alcanzados al principio del siglo. Para esa época, Cartagena es una ciudad que despierta de una decadencia de un siglo y que conoce un dinamismo inédito: nuevas industrias y comercios, obras de infraestructura urbana, agitación social, etc. Las conmemoraciones del 11 de noviembre de 1911 son el símbolo de este clima de renacimiento que vive la ciudad. La Sociedad de Mejoras Públicas nace así en un contexto de modernización y crecimiento al que quiere contribuir. Refleja también otra característica de la ciudad: el papel central jugado por una élite ilustrada, que tiene un discurso a la vez social y paternalista. Los fundadores de la Sociedad de Mejoras Públicas son miembros de estas familias de clase alta, que tienden a concentrar el capital económico, político y simbólico, y a reproducir un orden social aristocrático en el cual los sectores populares son considerados como objetos de sus bondades más que como sujetos autónomos.

El texto presentara las actividades de la Sociedad a través de cuatro etapas principales: una etapa inicial, que corresponde a los primeros años de funcionamiento de la Sociedad de Mejoras Públicas, muestra una primera evolución de las prerrogativas compartidas a nivel nacional (embellecimiento, mejoramiento) hacia un interés por la defensa del patrimonio. Una segunda, en los años 1930-40, simboliza otra evolución de la Sociedad: se convierte en un actor central de las políticas de desarrollo urbano y no solo en un acompañante. Los años

1950 y más que todo 1960 marcan otra etapa importante: la participación de la Sociedad en el desarrollo del turismo naciente. Finalmente, los años 1980-90, corresponden a un repliegue de la Sociedad de Mejoras Públicas, contestada en su legitimidad de actor de las políticas urbanas, del turismo e incluso de promoción del patrimonio⁴.

2.1. Nacimiento de la Sociedad de Mejoras Públicas: de la mejora del entorno urbano a la protección de las murallas y de los monumentos (años 1920-30)

Al origen, se observan un gran número de actividades y una sucesión importante de las actas de reuniones, prueba del dinamismo de la institución naciente. La acción de la Sociedad de Mejoras Públicas hace énfasis sobre todo en la mejora de las condiciones de vida de los habitantes de Cartagena, con una referencia al desarrollo de un espíritu cívico (en una lógica marcada por un cierto paternalismo de la élite de la ciudad hacia la población). “Está entre sus atribuciones la de propender por todos los medios legítimos a levantar en la ciudad el espíritu público, estimulando esta virtud cívica entre los habitantes” (28 de enero de 1925).

A partir del acto fundador de la Sociedad, uno observa un primer deslizamiento: el paso de un papel de acompañamiento del desarrollo urbano a un papel de gestión de las fortificaciones coloniales de la ciudad, principalmente las murallas que rodean el centro, y también el castillo de San Felipe⁵. A nivel nacional, la vocación de estas sociedades que se establecen es muy explícita: mejora del entorno urbano, complemento de las políticas urbanas, insistencia en la limpieza, la higiene, el embellecimiento. En Cartagena, la Sociedad de Mejoras Públicas añade a estas actividades las de protección y promoción de las murallas. Esta doble vocación explica en parte la conservación de las murallas cuando se destruyeron en otros países, donde existió una tendencia en disociar las ideas de progreso y de conservación de las murallas; con la Sociedad de Mejoras Públicas estas dos dimensiones están relacionadas y bajo la

⁴ Precisemos que nuestro enfoque, centrado exclusivamente en la Sociedad de Mejoras Públicas, presenta unos sesgos. En primer lugar porque no somos historiadores... y que nos interesa sobre todo un análisis más contemporáneo, sobre la representación de la ciudad, sobre la recepción de esta imagen por parte de los turistas y de los habitantes, sobre las esperas y las prácticas de los turistas. Además porque centramos nuestro interés sobre los actos de las reuniones de la Sociedad de Mejoras Públicas, dejando de lado otros documentos. Hay que añadir un problema adicional: no fue posible consultar un volumen de las actas, entre abril 1972 y enero 1977. Del mismo modo, solo retuvimos las actividades de la Sociedad de Mejoras Públicas registradas en estas actas y pasamos bajo silencio otras formas de compromisos exteriores (en particular, en términos de relaciones políticas y sociales), la composición misma de la Sociedad, las cuestiones de financiaciones, etc. Sin embargo, nos pareció pertinente considerar lo que aparece en las actas como revelador de los temas dados por importantes por los miembros de la Sociedad de Mejoras Públicas.

⁵ Aunque, según Donaldo Bossa Herazo, la Sociedad de Mejoras Públicas empezó por destruir, de noche, cortinas de murallas entre los baluartes de San Pedro Apóstol y San Pedro Mártir (Bossa Herazo, 1975: 27).

responsabilidad de una misma entidad. De hecho, los actos lo muestran: la Sociedad oscila, a partir de sus primeros textos y sus primeras medidas, entre recordatorio del pasado glorioso de Cartagena (referencia a la “ciudad heroica”, a “los mejores días de la patria”) y voluntad de progreso, de modernización de la ciudad; participa a la vez en la limpieza de las murallas, en la suspensión de la extracción de piedras en las murallas y el Castillo de San Felipe y en la electrificación del Parque del Centenario, en el embellecimiento del Paseo de los Mártires, en el alumbrado de los Parques Apolo y de Manga, tantas medidas que acompañan los trabajos de infraestructura del principio del siglo.

Hay que precisar que la primera iniciativa relativa a la creación de una Sociedad de Mejoras Públicas en Cartagena nace el 25 de septiembre de 1917, y corresponde perfectamente a lo que se observa a nivel nacional. En los objetivos de esta agrupación que se llama entonces Junta de Mejoras no se hace mención del patrimonio (murallas y fuertes), la acción de la Junta se limita a un acompañamiento de los grandes trabajos de infraestructuras decididos y establecidos por otra parte: “conservación de las vías públicas ya arregladas, conservación de las aceras del Parque Centenario y macadamización de las otras calles de la ciudad” (25 de septiembre de 1917). Con su nacimiento oficial, el 28 de noviembre de 1923, bajo el nombre de Sociedad de Embellecimiento que se volverá Sociedad de Mejoras Públicas a partir del 5 de diciembre del mismo año, las cosas cambian. Recordemos en primer lugar el contexto de la época que es el de la modernización y del dinamismo económico de Cartagena que se convierte en una clase de embajada de Colombia (más en términos políticos y diplomáticos que en términos turísticos), y también, como en el resto del mundo, de la destrucción de las murallas, del abandono del centro histórico, de la voluntad de destruir el Castillo de San Felipe, entre las manos de un particular que prevee revender las piedras. Desde su origen, la Sociedad de Mejoras Públicas conciliará la ambigüedad de sus funciones. El Reglamento (26 de noviembre de 1923) le atribuye la misión de “conservación de las murallas y fuertes de mar y tierra y demás monumentos nacionales, haciendo con ellas las obras de restauración que se consideren indispensables para devolverles el sello de su origen colonial; ornato y sanidad de la ciudad y sus alrededores; y desarrollar debidamente en espíritu público de sus habitantes” (Reglamento, 26 de noviembre de 1923). La primera parte del Reglamento es propia a Cartagena y será confirmada mediante la Ley 32 de 1924 que autoriza la Sociedad de Mejoras Públicas a ocuparse de la conservación de los monumentos históricos, dándole autonomía en cuanto a gestión de fondo (“autoriza a la Sociedad de Mejoras Públicas a velar por la conservación de los monumentos históricos, dándole autonomía en el manejo de los

fondos”). Es así como el 6 de julio de 1925 la Sociedad adoptará un “plan de conservación y restauración de los monumentos históricos”.

2.2. La Sociedad de Mejoras Públicas se convierte en encargada de las políticas urbanas: el cambio de dirección de los años cuarenta

Desde los años veinte, la Sociedad de Mejoras Públicas había tomado pretexto de la protección de las murallas para solicitar a la alcaldía la supresión de las casas que se adosaban a ellas. Una recomendación llama “a pasar nota a la alcaldía para que haga demoler las chozas levantadas en la plaza de las bóvedas (...)” y da un “plazo de 30 días para que sean quitados y demolidos los avisos y construcciones que actualmente están sobre las murallas” (28 de octubre de 1928). Con los años 1920-30, el tema de la destrucción de las construcciones en o al lado de las murallas se vuelve central en las actas de la Sociedad.

Sin embargo, el fin de los años treinta y, sobre todo, los años cuarenta constituyen una inflexión importante en las actividades y las preocupaciones de la Sociedad de Mejoras Públicas: interviene en el futuro de tres barrios, Pekín, Pueblo Nuevo y Boquetillo, construidos, sin ninguna planificación, a lo largo de las murallas, entre el centro histórico y el mar; participa en el proyecto de construcción de la Avenida Santander que bordeará la costa en dirección oriente-occidente al pie de las murallas (y conectará el aeropuerto al oriente y el barrio turístico de Bocagrande al occidente). Resumidamente, los años cuarenta son la encarnación perfecta de la colusión entre defensa del patrimonio e incursión en la puesta en marcha de grandes proyectos de infraestructura (y no solamente de mejora del entorno urbano). El patrimonio, y principalmente las murallas, justifican el papel de agente de las políticas públicas urbanas de la Sociedad y la concentración de estas políticas en un sector muy limitado, el centro histórico.

El aumento progresivo de las atribuciones de la Sociedad de Mejoras Públicas se refleja en los debates sobre la ampliación de sus prerrogativas: la Sociedad va superando poco a poco sus funciones iniciales. Comienza en primer lugar por interrogarse: “se estaba en presencia de un problema legal, o sea si la Sociedad de Mejoras tenía o no facultad para disponer de los fondos nacionales par atender a gastos que, como los efectuados por la alcaldía, son, en su concepto, estrictamente municipales”. Ahora bien se aceptó la posibilidad de utilizar fondos nacionales (destinados a otros objetivos) para participar en las políticas urbanas locales. La

Sociedad de Mejoras Públicas utiliza entonces fondos nacionales para trabajos de infraestructura locales. Se convierte en esa ocasión en un protagonista central del desarrollo de la ciudad, lo que plantea también una doble cuestión: la de la extensión de las prerrogativas de una institución que confunde política urbana y protección del patrimonio, la de la ausencia de organismos locales desempeñando este papel.

Las actas de los años 1938 a 1940 casi solo se refieren al tema de la erradicación de los barrios a lo largo de las murallas. El 8 de agosto de 1938, aparece el tema de la Avenida Santander. Se indica que las decisiones de la alcaldía relativas a la construcción de esta avenida deben obtener la aprobación de la Sociedad de Mejoras Públicas (30 de mayo de 1939). Estas dos obras estarán de nuevo presentes en varias ocasiones en las actas, lo que muestra que se admite el papel de la Sociedad de Mejoras Públicas como agente de desarrollo de la ciudad en su conjunto. Mencionemos algunas etapas de esta intromisión en las políticas urbanas. El 20 de enero de 1944, el Ministerio de Obras Públicas aumenta las funciones de la Sociedad de Mejoras Públicas: pide a su Presidente que se ocupe de indicar las zonas de la ciudad que deben declararse de servicio público. El 25 de mayo de 1944, la Sociedad de Mejoras Públicas está encargada de elaborar el *Plano de la Ciudad futura*. Mediante la Ley 94 de 1945, la “nación cedió al Municipio de Cartagena el dominio y los derechos sobre todas las murallas, bastiones o castillos coloniales de la ciudad”. En sucesivas ocasiones, la Sociedad de Mejoras Públicas se felicita por su papel en la renovación urbana, por haber obtenido la eliminación de los barrios de Pekín, Pueblo Nuevo, El Boquetillo. El proceso sigue hasta los años 1970: el 27 de agosto de 1971, la Sociedad se propone “solucionar el problema del transporte en la ciudad” e invita al director de Tránsito y Transporte del Departamento. Empleados de las Empresas Públicas Municipales están puestos a disposición de la Sociedad de Mejoras Públicas para limpiar los monumentos y las murallas (25 de octubre de 1977).

Finalmente, la acción de la Sociedad de Mejoras Públicas consiste en la eliminación de casas e incluso de algunos barrios en nombre de la conservación del patrimonio. En este sentido la Sociedad se posiciona como protagonista del desarrollo de la ciudad. Ahora bien, progresivamente, olvida esta justificación inicial: la Sociedad de Mejoras Públicas interviene en la transformación de las infraestructuras, de las vías de comunicaciones, de los espacios públicos, de los barrios informales, sin que la referencia al patrimonio sea necesaria.

2.3. El nacimiento de una ciudad turística y la edad de oro de la Sociedad de Mejoras Públicas (años sesenta)

Como protagonista central de las políticas urbanas la Sociedad de Mejoras Públicas se interesa por el desarrollo del turismo. Así la política urbana se concentrará en el turismo, mientras que, al mismo tiempo, la Sociedad de Mejoras Públicas consolida su influencia sobre la gestión y la conservación del patrimonio. Las primeras referencias al turismo aparecen a partir de los años veinte en una fecha en la que el número de turistas sigue siendo marginal (son más viajeros – de comercio, diplomáticos – que turistas venidos específicamente para conocer la ciudad⁶). La Sociedad de Mejoras Públicas desea así “solicitar a las autoridades su atención especial a fin de que se eviten actos bochornosos que sean recogidos como impresión desfavorable por los turistas que visiten la ciudad” (6 de febrero de 1924). Progresivamente, la Sociedad contribuye en la afirmación de la vocación turística de la ciudad. “Por su posición de primer puerto marítimo y oficial del litoral atlántico y primera ciudad de turismo de Colombia, está obligada, más que ninguna otra del país, a presentar un aspecto atractivo para los visitantes” (24 de mayo de 1933). Llega a encargarse directamente de un balneario y sale así explícitamente de su doble papel de conservación del patrimonio y de mejora del entorno urbano para inscribirse en una lógica de promoción de la playa como estrategia de atracción turística. Al mismo tiempo, la defensa del patrimonio ya no se inscribe en una lógica nacional, de protección de un pasado glorioso, de conservación de una conciencia cívica sino en la espera de las visitas turísticas. El Castillo de San Felipe fue así “salvado de la ruina total por la Sociedad de Mejoras y que hoy constituye el mayor atractivo para el fomento del turismo nacional y extranjero” (30 de mayo de 1939). Ya, el 18 de febrero de 1943, la Sociedad de Mejoras Públicas asumió las funciones de la Junta de Monumentos y Turismo del departamento, entidad creada dos años antes y rápidamente disuelta. Pero es sobre todo a principios de los años sesenta que la Sociedad de Mejoras Públicas contribuye en la organización del turismo, en la gestión de los recursos obtenidos gracias al precio de las entradas en los monumentos. Las rentas del turismo se utilizan para la conservación del patrimonio. En 1963 organiza una visita en todo el país para la promoción turística de Cartagena; en 1964, crea con la Policía nacional un servicio especial de vigilancia y turismo (23 de octubre de 1964), que se extenderá a las playas; difunde tarjetas postales para los turistas (18 de abril de 1967), folletos sobre el Castillo de San Felipe (3 de enero de 1968),

⁶ Esta característica sigue vigente hoy con la importancia del « turismo de convenciones ».

crea un espectáculo de Sonido y Luz (25 de abril de 1968), organiza un tour de 45 minutos para visitar el Castillo de San Felipe (9 de mayo de 1968), etc.

La Sociedad de Mejoras Públicas conoce su auge, tiene suficientemente medios financieros y peso político para realizar sus actividades de manera ampliamente autónoma. No dudará así en rechazar la propuesta de la Empresa Nacional de Turismo para encargarse del alumbrado del Castillo de San Felipe (18 de agosto de 1960). Es a la vez guardiana del patrimonio militar colonial, agente de desarrollo de las políticas urbanas y principal promotora del turismo naciente. Esta serie de deslizamientos y colusiones entre políticas patrimoniales, urbanas y turísticas permite comprender mejor la confusión actual entre estos tres ámbitos, confusión simbolizada hasta cierto punto por las murallas: personifican la reducción de la política urbana a una visión patrimonialista de la ciudad (la Sociedad de Mejoras Públicas participa en las políticas urbanas a nombre de la defensa del patrimonio, aunque tiende a olvidarlo luego) y la asimilación de las políticas turísticas al desarrollo del patrimonio.

Sin embargo, a partir de los años setenta, la Sociedad de Mejoras Públicas pierde su papel no sólo en las políticas urbanas, sino también en el desarrollo del turismo e incluso en la gestión del patrimonio. Aparecen organismos especializados en el turismo (Corporación Turística, Promotora de Turismo, Corturismo, etc.) que contribuyeron a que la Sociedad pasara de una posición de fuerza a la rivalidad y luego a la marginalización. Al mismo tiempo, otros organismos (Sociedad de los amigos de los castillos, Fundación para la Preservación del Patrimonio) impugnan la posición de monopolio sobre el patrimonio de la Sociedad. Por lo tanto, cuando la ciudad hace énfasis en la promoción del patrimonio, de un patrimonio mundial tal como será reconocido por la UNESCO, la Sociedad pierde su influencia en su conservación y tiende a orientarse hacia una concepción más local del patrimonio, hacia su reapropiación por parte de los habitantes de la ciudad.

2.4. Turismo versus conciencia ciudadana. Repliegue sobre la conservación del patrimonio (años 1980-90)

Dos símbolos señalan la transformación del papel de la Sociedad de Mejoras Públicas: está excluida del asunto Chambacú (principio de los años setenta) y del acceso al título de patrimonio mundial de la UNESCO (principio de los años ochenta). Chambacú, extenso barrio de invasión construido a los pies de las murallas es en todo comparable a Pekín, Pueblo Nuevo y El Boquetillo. Pero si la Sociedad de Mejoras Públicas fue uno de los principales

protagonistas de la gestión de la erradicación de estos tres barrios en los años cuarenta, las actas de las reuniones no hacen ninguna mención de su participación en el proceso de erradicación de Chambacú, proceso que marcó considerablemente el desarrollo de la ciudad y también la memoria de sus habitantes. Sin embargo la situación es aún más grave: no sólo la Sociedad de Mejoras Públicas pierde su papel de protagonista del desarrollo urbano sino que está marginalizada de las decisiones importantes en cuanto a patrimonio. Las actas no dan cuenta de ningún debate sobre la declaración de la ciudad como patrimonio mundial de la humanidad por la UNESCO. Solo se menciona el tema dos veces, el 22 de abril de 1982, para afirmar que la Sociedad de Mejoras Públicas debe desempeñar un papel central en la solicitud de declaración como patrimonio, el 31 de julio de 1985 para constatar que la Sociedad de Mejoras Públicas no participó en el proyecto y fue descartada por la alcaldía de Cartagena.

Durante los años 1980-90, las actas son cada vez más cortas, los conflictos con las otras entidades de la ciudad se vuelven recurrentes. La Sociedad de Mejoras Públicas no es ya un agente de desarrollo de la ciudad, ni un protagonista central de la definición de las políticas turísticas. La Sociedad ha hecho “un somero recuento de los últimos acontecimientos de importancia de la ciudad, y de los cuales había estado marginada la *Sociedad de Mejoras Públicas*, como son el traslado del Mercado a Bazurto, la urbanización de Chambacú y en general el Plan de Desarrollo Urbano de Cartagena” (20 de febrero de 1978). En varias ocasiones, las actas dan cuenta del deseo expresado por la Sociedad de Mejoras Públicas de participar en las próximas reuniones relativas al desarrollo de la ciudad, como si este papel hubiera sido criticado. De hecho, la Sociedad de Mejoras Públicas deplora la competición con instituciones más recientes, denuncia la superposición de estructuras que la dejan aislada. “Deja entrever que se contempla la eventual sustitución de la *Sociedad de Mejoras Públicas* en sus funciones” (2 de marzo de 1988). Poco a poco las actas dejan de mencionar las polémicas sobre el papel de la Sociedad de Mejoras Públicas y abordan más bien temas secundarios o estrictamente internos (archivos en España, limpieza de las murallas, presupuesto, sede, etc.). Dan también cuenta de manera difusa de graves problemas internos. Los años 1988-89 se caracterizan por la renuncia colectiva de los miembros de la junta directiva que dará nacimiento a nuevos estatutos, adoptados en una Junta extraordinaria el 28 de julio de 1989. Como consecuencia de estas reconfiguraciones, la libertad de acción de la

Sociedad de Mejoras Públicas está amenazada puesto que no podrá tomar iniciativas sin referir a la Dirección de Inmuebles Nacionales⁷.

En definitiva, solo le queda a la Sociedad encerrarse en su papel de defensa del patrimonio. “Considero apenas natural que sigamos abanderados de la defensa del Patrimonio Arquitectónico e Histórico de Cartagena” (20 de octubre de 1986). Por lo tanto, se define así misma como protectora de la tradición desde hace más de medio siglo, haciendo referencia a un sentimiento patriótico que habría sabido preservar. En un último sobresalto para mantener sus prerrogativas, recurre a un abogado para elaborar la lista de los textos legislativos que definen sus atribuciones como administradora de los monumentos. Pero, más allá de estos repliegues conservadores, adopta una nueva estrategia: acercarse a la población de la ciudad con el fin de obtener una nueva legitimidad.

A su nacimiento, la Sociedad de Mejoras Públicas era dominada por un discurso paternalista, característico de la élite de la ciudad: se trataba de mejorar el entorno urbano y el bienestar de los habitantes favoreciendo al mismo tiempo el sentimiento de pertenencia, el desarrollo de una conciencia cívica. Progresivamente, este tipo de discurso va a desaparecer; pero regresa en los años 1980-90. Cuando acepta replegarse sobre actividades muy prácticas de mejora de las infraestructuras, la Sociedad se justifica así: en adelante debe orientarse hacia “un labor más acorde con la naturaleza de la *Sociedad de Mejoras Públicas*, deberíamos idear eventos que tuvieran mayor proyección social, como la de promover estudios de drenaje, tratamiento de aguas negras, reciclaje de basuras, construcción de parques (...), acometer, impulsar o premiar el esfuerzo de los sectores populares en la ejecución de obras en los barrios de Cartagena” (20 octubre 1986). Del mismo modo, lanza una “campaña cívica” el 24 de febrero de 1992 ya que “la *Sociedad de Mejoras Públicas* está interesada en retomar su obligación cívica con la Ciudad”. Hay que salvar “la urbanidad y el comportamiento social”. Otra campaña seguirá, la del “Buen uso de los monumentos” (24 de septiembre de 1993), luego otra, titulada “El buen cartagenero, ese soy yo” (20 de abril de 1995). En otros términos, la nueva misión de la Sociedad es hacer de la ciudad un modelo por su espíritu cívico, su limpieza y su cultura. Y el centro de su acción, son los habitantes. “No debe perder de vista a la gente que vive aquí” (20 de octubre de 1986). Así, los turistas dejan su lugar a los

⁷ Creado a través de la Ley 47 de 1975, el Fondo de Inmuebles Nacionales tiene como misión: “administrar y conservar los inmuebles de propiedad de la Nación, cuando no estén a cargo de otras dependencias”. Con el objetivo de retomar el control de los monumentos, entrará directamente en conflicto con la Sociedad de Mejoras Públicas.

habitantes de la ciudad. Se observa una evolución de un proceso simétrico a otro: aumento del papel concedido a los turistas/disminución del interés por los habitantes de Cartagena, marginalización de la gestión del turismo/regreso hacia la población local. La Sociedad de Mejoras Públicas es plenamente consciente del desfase frecuente entre intereses de los habitantes de la ciudad y de los turistas. El paternalismo bien pensante de sus orígenes había dejado lugar a la búsqueda de promoción turística. Así pues, por ejemplo, las únicas modificaciones que han sido aceptadas en las murallas se justifican a través de su uso turístico. Se decide la apertura “de una puerta en el sector de la muralla de las bóvedas para darle acceso a las playas, al turista” (21 de septiembre de 1960); se prevé renovar las bóvedas, no para el bienestar de la población local, sino con el fin de transformarlas en “exposición permanente de productos autóctonos nacionales” (4 de abril de 1963). Ahora bien, en los años ochenta, la Sociedad de Mejoras Públicas no puede apoyarse en esta justificación turística, no está en una lógica de instauración y desarrollo del turismo (y menos de políticas urbanas) sino de conservación de su estatuto y su papel. En este contexto va a retomar un discurso local más antiguo que no solamente se interesa por los habitantes de la ciudad sino considera que el patrimonio, es también la población local y la vida diaria. Es decir, un discurso que insiste sobre el patrimonio ya no como instrumento de desarrollo urbano y turístico sino como elemento del desarrollo social. ¿Si la Sociedad de Mejoras Públicas quedo aislada del reconocimiento de Cartagena como patrimonio mundial de la humanidad, tomará la nueva corriente del “patrimonio intangible” de la UNESCO?

Conclusión

Con esta puesta en turismo del centro histórico de Cartagena, las murallas no protegen ya de una invasión venida del exterior (al contrario ellas son un atractivo para los turistas extranjeros): se vio cómo podían tener el papel de defensa contra un enemigo interior, es decir contra los habitantes de la ciudad extramuros que amenazan con reclamar su parte de un centro transformado en museo colonial y en lugar de encuentro de la *jet set* nacional e internacional.

Lo que se juega hoy en torno a las murallas como frontera *en* la ciudad, es claramente una tensión y una yuxtaposición entra dos lógicas:

- una lógica de exclusión, separación, segregación entre la ciudad histórica y turística en la cual se concentran los proyectos de mejoramiento, valorización, renovación, embellecimiento, y la ciudad extramuros que sigue careciendo de todo;
- y una lógica de reunión que no se refiere tanto al espacio interno a la frontera sino al espacio propio de la frontera, es decir las murallas (y los espacios verdes situados en torno a las murallas) como lugar de paseo, de descanso, de encuentro, de sociabilidad, de citas entre los jóvenes de la ciudad que no tienen posibilidades de encontrarse en las terrazas de los cafés que ocupan una parte importante de los lugares públicos del centro histórico.

Por una parte, las murallas son una frontera en la ciudad cuya función de separación siempre se refuerza: militarización creciente de la zona turística, instauración de sistemas de vigilancia, expulsión de los vendedores de calle y también de los niños y mendigos (lo que se traduce en un aumento de la violencia y la pobreza en el resto de la ciudad). Del otro lado, la frontera entre las dos ciudades está cada vez más pensada (en particular por la Sociedad de Mejoras Públicas) como un espacio público. Mientras que los espacios públicos de la ciudad intra muros (al menos los que tienen un interés patrimonial y turístico) son el objeto de una apropiación comercial y son cada vez más reservados a una clientela específica, el espacio de la frontera podría desempeñar – en una visión optimista del futuro de la ciudad – el papel de indeterminación social, de indiferencia a las diferencias raciales y culturales – diferencias raciales y culturales tan presentes de los dos lados de esta frontera (dentro como una puesta en escena turística de las diferencias raciales y culturales; al exterior, como principio de discriminación y de estratificación social).

Para forzar un poco el análisis, casi se podría decir que en esta zona tampón entre la ciudad patrimonial y la ciudad sin calidad, entre la ciudad turística y la ciudad de los habitantes, entre la ciudad rica y la ciudad pobre se ejerce la función propia de la ciudad tal como está definida en Simmel, Park o Wirth, es decir su urbanidad.

Pero al mismo tiempo, la lógica de apropiación que ganó la ciudad intra muros hace de la frontera un nuevo espacio que debe conquistarse, tanto de manera específica, como en las celebraciones del año 2000 cuando se instalaron tribunas y restaurantes, o de manera más permanente puesto que los proyectos de instalación de espacios de carácter comercial son cada vez más numerosos. Y que algunos (en particular, dentro del Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena) piensan seriamente en privatizar las murallas y hacer pagar su acceso.

Tomando conciencia de esta fragilidad de las murallas como espacio público y como memoria colectiva no apropiable, la Sociedad de Mejoras Públicas hace hincapié en el concepto de patrimonio intangible de la Humanidad (más que en el patrimonio material, arquitectónico), para hacer reconocer la idea de protección de un espacio donde la dimensión inmaterial y simbólica prevalece y cuya memoria y usos presentes deben protegerse de toda forma de apropiación.

Sin embargo, por ahora, las murallas y el fuerte de San Felipe siguen siendo objetos de codicia por los recursos financieros directos e indirectos que producen (ver las recientes peleas por apoderarse de su gestión) y en ocasiones de burlas en cuanto a la diferencia entre “pipí” y “chichí” como lo subraya Daniel Samper en uno sus editoriales en *El Tiempo* (16 de marzo 2005). En otros términos, revelan las lógicas de apropiación de un grupo reducido de actores (públicos y privados, locales, nacionales e internacionales) que quieren beneficiarse de este “patrimonio mundial” y los procesos de exclusión de los propios habitantes de Cartagena, reducidos a delincuentes incívicos que espantan a los turistas.

Bibliografía

Plan Sectorial de Turismo, abril 2004, Cartagena de Indias: Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias, Corporación Turismo Cartagena de Indias, Instituto de Patrimonio y Cultura, Corporación Cartagena 2011, Programa de Naciones Unidas para El Desarrollo.

ABELLO Alberto, 2004, “La economía agridulce de la ‘fragorosa’ Cartagena”, exposición realizada en el Curso de Verano *Cartagena conocimiento vital del Caribe*, Cartagena, Universidad Tecnológica de Bolívar, 7 de julio.

BOSSA HERAZO Donaldo, 1967, *Cartagena independiente: tradición y desarrollo*, Bogotá: Tercer Mundo Editores.

BOSSA HERAZO Donaldo, 1975, *Construcciones, demoliciones, restauraciones y remodelaciones en Cartagena de Indias*, Cartagena de Indias: Gráficas El Faro.

CASAS ORREGO Álvaro León, 1994, “Expansión y Modernidad en Cartagena de Indias. 1885-1930”, *Historia y cultura*, 2do año, N°. 3, diciembre, págs. 39-67.

CHARVET Marie, 1994, “La question des fortifications de Paris dans les années 1900. Esthètes, sportifs, réformateurs sociaux, élus locaux”, *Genèses*, p. 23-44.

COHEN Jean-Louis, LORTIE André, 1991, “Des fortifs au périph. Paris, les seuils de la ville”, Paris : Picard.

LEMAITRE Eduardo, 1983, *Historia general de Cartagena*, Bogotá: Banco de la República.

MANAGER Bernard, 1984, “Une longue bataille: le démantèlement des remparts de Lille (1899-1923)”, *Revue du Nord*, vol. LXVI, n° 261-262, p. 619-630.

MUNERA Alfonso, 2004, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá: Planeta.

RESTREPO Jorge Alberto, RODRÍGUEZ Manuel, 1986, “La Actividad Comercial y el Grupo de Comerciantes de Cartagena a Fines del Siglo XIX”, *Estudios Sociales*, vol. 1, N°. 1, septiembre, págs. 43-109.

TRACY James D. (ed.), 2000, *City walls. The urban enceinte in global perspective*, Cambridge: Cambridge University Press.